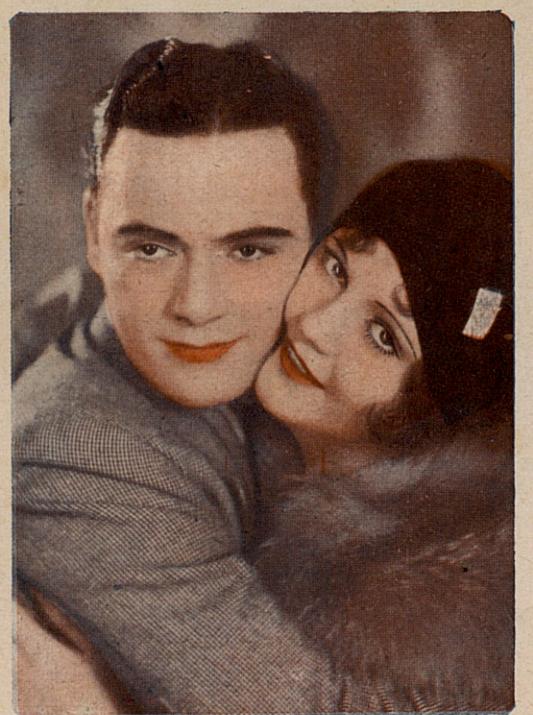


La Novela Americana Cinematografica



Nºm. 37

30 cts. **Jazz-band**

por

Nancy Carroll
Charles Rogers

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistaüne

Director

AÑO II

NÚM. 37

CLOSE HARMONY 1979

Jazz-Band

Deliciosa comedia,
interpretada por

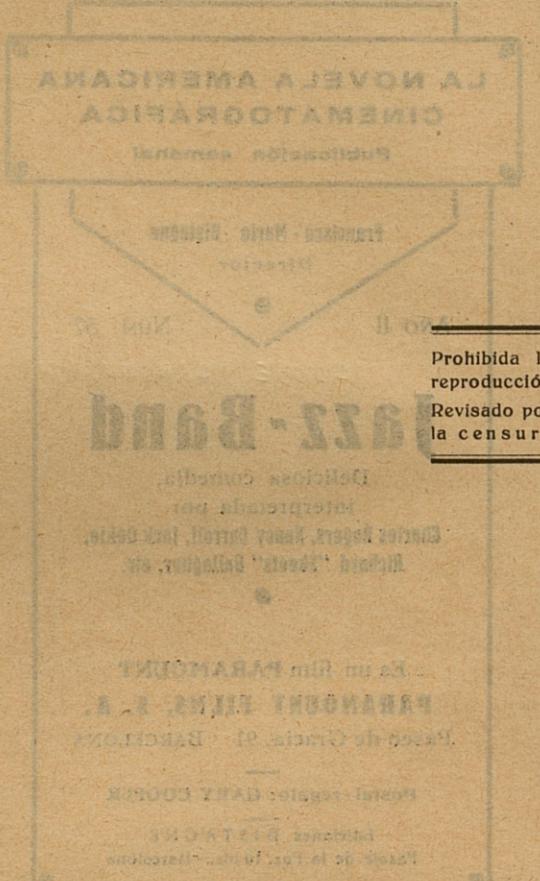
Charles Rogers, Nancy Carroll, Jack Oakie,
Richard "Skeets" Gallagher, etc.

Es un film **PARAMOUNT**
PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91 BARCELONA

Postal-regalo: **GARY COOPER**

Ediciones BISTAÜNE
Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La señora Prosser, que se había despertado sobresaltada, se sintió indignadísima al cerciorarse de que el escándalo era producido en la habitación de Al West. Se levantó e irrumpió iracunda en el aposento, llevando en la mano una poderosa arma, una escoba. Hizo su aparición en el momento en que el director de orquesta animaba a los instrumentistas:

—¡Más vivo! ¡Más vivo!

—Conque más vivo, ¿eh? —exclamó colérica— Muertos y más muertos es lo que habrá aquí dentro de un minuto si no cesan inmediatamente de hacer ruido.

Dejaron de tocar y el director balbució unas palabras de disculpa. Después, dirigiéndose a los músicos, les dijo:

—Mañana ensayaremos donde siempre: en el almacén.

Disponíanse todos a marchar con la música a otra parte, cuando la patrona, observando que cada cual se llevaba su instrumento, los detuvo:

—Ustedes pueden marcharse, pero los instrumentos se quedan aquí hasta que su eminente director me pague la semana de hospedaje que me debe.

No hubo forma de convencerla. Los músicos tuvieron de dejar en el cuarto de Al los instrumentos.

Apenas quedaron solos la patrona y West, aquella increpó a éste, terminando su charla con la siguiente recomendación:

—No olvide que mañana, sábado, usted y yo tenemos que hablar de negocios.

Una vez hecha la advertencia, salió dando un portazo.

Quedó Al sin saber qué partido tomar. Temía que la patrona persistiera en no devolverle los instrumentos si él no pagaba, y esto, para él, significaba una verdadera catástrofe, ya que en ellos tenía cifradas todas las esperanzas para salir de su agobiante situación. Daba vueltas en su magín a una idea que no se atrevía a poner en práctica y así pasó no sabía cuánto tiempo.

De pronto, se levantó del sofá donde había permanecido abrumado y resueltamente comenzó a colgarse de cuello y hombros los instrumentos de la banda. Cuando todos estuvieron colgados sobre su persona, cogió el bombo en una mano, abrió con la otra la puerta de su cuarto, estuvo un momento con el oído aguzado y, una vez persuadido de que en la casa no había nadie despierto, emprendió la marcha lentamente, de puntillas, a lo largo del pasillo que daba a la escalera.

Bajó, uno tras otro, cinco, diez escalones... Ya estaba en el primer rellano de la escalera y todo continuaba en silencio.

Continuó con las mismas precauciones. De pronto, sin saber cómo ni por qué, se le escapó de las manos el bombo, el cual, acompañado de los platillos, fué dando saltos de escalón en escalón, hasta que llegó al pie de la escalera.

El estrépito, al contrastar con la paz y el silencio nocturnos, fué más intenso todavía.

Al quedó consternado e inmóvil.

Compareció la señora Prosser y Al, al observar la cara de energúmeno que ponía, se precipitó por el camino que momentos antes recorrieron el tambor y el bombo. Pero la patrona le siguió dando voces y lo alcanzó en el momento que trasponía el umbral de la puerta de la calle.

A los gritos de socorro de la señora acudió un guardia, valiéndose del primer auto que acertó a pasar por su lado.

Intervino el policía:

—Vamos a ver. ¿Qué sucede?

—¡Este sinvergüenza, que quiere marcharse sin pagar!

—No se le puede detener por deuda; lo único que se puede hacer es retenerle el equipaje.

—Necesito—dijo Al—los instrumentos para mi banda de jazz. Tenemos que ensayar para nuestro próximo debut. Que haga el favor de esperar esta señora. Yo le pagaré; lo prometo.

—Hasta que le pague, esta señora tiene derecho a retenerle los instrumentos — arguyó el justiciero policía.

Ya iba Al a proceder a la entrega de los instrumentos, cuando intervino una dama, que, apeándose del auto que el policía utilizara momentos antes para llegar rápidamente al lugar donde estos acontecimientos se desarrollaban, y que había seguido con interés toda la escena, se acercó a ellos.

—¿Cuánto es lo que le adeuda este joven? —preguntó a la patrona.

—Treinta y cinco dólares.

La desconocida sacó unos billetes de su bolsillo y se los entregó a la acreedora. Después se dirigió al joven:

—Como no podrá usted andar por la calle con tanto cachivache, suba en mi coche y lo conduciré donde diga.

Estaba Al tan asombrado, que sin poder pronunciar una palabra y como hipnotizado, subió al automóvil con toda la impedimenta instrumental.

Por fin, animado por la franca sonrisa que su protectora le dirigía y comprobando que se trataba de una beldad cuyos divinos ojos le envolvían con una mirada bondadosa, se atrevió a decir:

—¿Cómo podré pagarle? Le debo a usted la vida. Me llamo Al West y soy director de una orquesta de jazz... Nuestra sala de ensayo es bien mi habitación, que en este momento acaba de serla, o en un almacén de drogas que le indicaré dónde está, pues allí pasaré la noche. Mañana ya veré cómo me arreglo... Dígame usted dónde puedo mandarle el dinero que le debo..., cuando lo tenga.

Ella, con una seductora mirada y una mareante sonrisa, le entregó una tarjeta, en la que se leía lo siguiente:

“MARJORIE MERVIN”

—¡Marjorie Mervin!—exclamó Al—. ¿La estrella del teatro Babilón?...

En este momento el auto se detuvo, por indicación de Al, frente al almacén de drogas.

Se apeó del coche Al, con todo su instrumental, y entonces contestó la artista.

—Sí, soy la estrella del Babilón y haré lo que pueda por ustedes. Veré de proporcionarles algún contrato.

Cuando el auto partió, Al permaneció un buen rato inmóvil en la acera. No sabía qué le había cautivado más de la célebre Marvin: si su magnanitud o su belleza.

II

A la noche siguiente, después de su número, Marvin entró en su camerino y apremió a la doncella:

—Date prisa, que quiero salir antes de que llegue Max.

Pero, apenas hubo pronunciado estas palabras, sonaron en la puerta unos golpecitos y se abrió antes de que la artista pudiera contestar.

Corrió ésta a refugiarse tras un biombo que cubriera a la vista del visitante los encantos maravillosos de su cuerpo.

Max, el empresario, pues no era otro el visi-

tante, en vez de pedir perdón por su inoportunidad, reprochó a la artista la poca confianza que le demostraba y se lamentó de que no hiciera el menor caso a las demostraciones de afecto que él, desinteresadamente, le prodigaba. En tanto las quejas de Max se sucedían, ella terminó su toilette detrás del biombo, ayudada por su doncella.

Saliendo de su refugio, atajó las quejas del empresario:

—No seas tonto, Max. Ya sabes que te aprecio y, para demostrártelo, y veas que me tomo interés por ti, te he buscado un número que hará entrar el dinero por las taquillas en forma de torrente. Ven conmigo y oirás el jazz-band más divertido de América. Ya sabes que tengo ojo para descubrir artistas.

Y, sin darle tiempo para responder, lo cogió por una mano y se lo llevó al almacén de drogas.

Ya estaba la orquesta de Al ensayando y, sin darse cuenta de que tenían oyentes, muy importantes por cierto, continuaron hasta la terminación de la pieza.

Al, que no cesaba de pensar en su encuentro de la noche pasada, ponía tanto entusiasmo en su papel de director, que el empresario no pudo menos de reconocer:

—La orquesta no es gran cosa, pero el director es bueno y sacará mucho provecho de ella. ¿Quién es ese muchacho?

—Es un amigo mío.

—¿ Desde cuándo?

— Desde anoche, que le encontré en medio de la calle, desamparado, arruinado y a punto de ser conducido a la Comisaría.

Max le dirigió una mirada llena de inquietud.

— ¡Tú siempre tan sentimental!...

— Te aseguro que no estoy enamorada.

— Mañana hablaremos.

— Con quien has de hablar mañana es con él.

— ¿ Para qué?

— Para contratarlo.

— ¡ Ni que estuviera loco!

— Eso quiere decir que me despachas.

— ¡ Ni que estuviera loco!...

— ¿ No dices que mañana estaré enamorada de ese muchacho?

— Como si lo viera.

— Pues, entonces, comprenderás que cuando rechazan al novio de una, una se siente rechazada.

Max examinó un momento al joven director, el cual danzaba y cantaba al mismo tiempo que dirigía. Realmente, era gracioso y simpático aquel muchacho. Un número de jazz era lo único que faltaba a su revista.

— Para que veas que no quiero que te vayas de mi teatro, puedes ofrecer a ese muchacho unos días de prueba en el Babilón. El público dirá lo que hemos de hacer.

La estrella palmoteó alegramente.

— Vete. Yo me entenderé con ellos.

Y después de conducir a Max hasta la puerta, hizo parar la orquesta, para lo cual no tuvo sino que dejarse ver de Al, y recomendó a éste despidiera a sus amigos, asegurándoles que al día siguiente, durante el ensayo matinal, les daría una buena noticia.

Cuando quedaron solos en la inmensidad del almacén de drogas, donde olía a todo menos a arte, refirió Marvin a Al que le había conseguido unos días de prueba en la revista del Babilón.

Imposible describir lo que pasó entonces por el alma del joven y animoso director. Sin darse cuenta de lo que hacía, en un juvenil arrebato de júbilo, cogió a la estrella por los hombros, la atrajo hacia sí, la rodeó fuertemente con sus robustos brazos y le dió un beso.

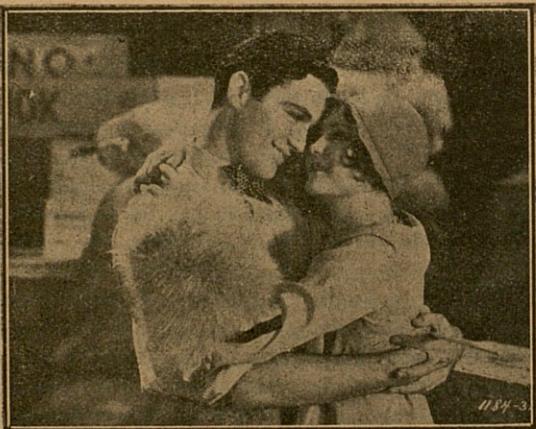
En seguida se dió cuenta de que se había conducido torpemente, pues no era aquél el modo más correcto de demostrar a una dama, a la que conocía desde hacía veinticuatro horas, su gratitud, pero entonces vió algo que le impidió deshacer la cadena que había formado en torno de la cintura de Marvin. Vió que ella, lejos de sentirse ofendida, le sonreía con expresión de complacencia.

— ¿ Y qué hizo entonces?

Pues lo que hubiera hecho cualquier mísero y pecador mortal: estrechó el cerco de los brazos y volvió a besar aquellos labios juveniles, suaves, rezumantes como las cerezas desgajadas.

* * *

El número de Al estaba muy bien presentado. Tanto él como todos los instrumentistas salían a escena vestidos de marineros y la decoración si-



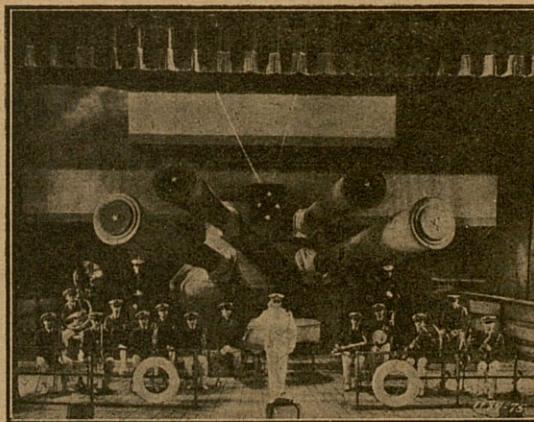
...lejos de sentirse ofendida, le sonreía con expresión de complacencia.

mulaba la cubierta de un gran acorazado. Del foro salían cuatro gigantescos cañones.

Aunque bastante emocionado, el deseo de triunfar era mucho más fuerte en Al que su azoramiento y a la mitad del número ya tenía al público en el bolsillo.

Hagamos honor a la verdad diciendo que los

músicos no demostraron ser un prodigo, pero digamos también que la simpatía y la gracia de Al dieron lugar a que el telón se levantara dos veces después del cuadro. Tanto como su modo de dirigir, agració a la concurrencia los alardes



El número de Al estaba muy bien presentado.

de bailarín que hizo mientras manejaba la batuta.

Si emocionado estaba Al, la estrella no se quedaba corta. Incapaz de seguir contemplando el número desde los bastidores, se retiró a su camerino, y allí la encontró Al.

Ya supondrán los lectores de qué modo dió la artista la enhorabuena al debutante.

III

Antes de salir del teatro, Max le dijo que fuera a verle a la mañana siguiente y él puso en antecedentes de la cita a su amada para que ella le trazara un plan de conducta.

—Yo te acompañaré. Ven a buscarme mañana e iremos los dos a casa de Max—dijo Marwin.

Así lo hicieron.

Por el camino le aconsejó con su experiencia y al llegar a casa del empresario ella se quedó en el vestíbulo, en tanto Al pasaba, guiado por el botones, al despacho de Max.

Este le recibió con las siguientes palabras, dichas en un tono protector:

—Tengo que darle una buena noticia... He decidido contratarle. De modo que ahí va el contrato y la pluma para que firme.

Al cogió con afanosa alegría el documento y fué a firmar; pero, de pronto, recordó uno de los más importantes consejos de su amada:

—No firmes nada sin enterarte.

Procuró dar a su rostro una expresión de indiferencia y leyó el contrato.

La consecuencia fué devolver al empresario el documento y la pluma.

Acababa de recordar que Marwin le había dicho:

—No firmes por menos de mil dólares a la semana.

En el contrato se le ofrecían trescientos cincuenta.

—No puedo aceptar este sueldo insignificante.

—Insignificante llama usted a trescientos cin-



La consecuencia fué devolver al empresario el documento y la pluma.

cuenta dólares? ¡Ni que fuera usted Paderewsky!...

—Tengo muchos gastos. Advierta usted que la orquesta es muy numerosa. Entre vestuario, viajes y sueldos no me quedaría nada.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para

pronunciar estas palabras; pero acertó a darles el tono altivo que correspondía a las circunstancias.

El empresario fingió tener un rasgo de altruismo:

—Bueno. Le daré a usted quinientos dólares. No quiero que me llame mal compañero.

Pero Al continuó en su actitud de heroico desprecio, aunque, en el fondo, sólo de oír nombrar los quinientos dólares, estuvo a punto de desmayarse.

—Necesito cobrar mil dólares a la semana. Es lo menos que puede pedir un hombre que se quiere casar.

El empresario se llevó las manos a la cabeza.

—¿Mil dólares? Despierte usted, amigo mío. Está en el más disparatado de los sueños.

La escena fué interrumpida por el botones, el cual entregó a Max un telegrama urgente.

Este fingió absorberse en la contemplación del despacho mientras lo abría, pero no apartaba la atención de Al, y al ver que éste se disponía a retirarse, le detuvo.

—¿Quiere usted setecientos cincuenta dólares?

—Ni novecientos noventa y nueve y medio. Quiero mil.

Para disimular su ira, el empresario leyó el telegrama. Su gesto de pesadumbre se convirtió repentinamente en gesto de alegría. Soltó una

carcajada después de dirigir a Al una mirada burlona.

—¿De modo que quiere usted mil dólares? Pues bien, ahora no le doy ni los trescientos cincuenta que le ofrecí al principio.

Y añadió, mostrándole el telegrama con una mano y golpeándolo con la otra:

—Barney y Bey, los famosos cantantes humoristas, han aceptado mis proposiciones, y mañana estarán aquí para debutar. Teniéndolos a ellos me sobra usted y todos los números tan malos como el suyo. De modo que si quiere usted dar la prueba por terminada...

Pero los consejos de Marwin eran contrarios a las peticiones de Max.

—No, señor—repuso el director del jazz-band.

—Hemos convenido que la prueba duraría una semana, y una semana durará. Así haré propaganda a mi número y cuando salga de aquí será para ingresar en otro teatro.

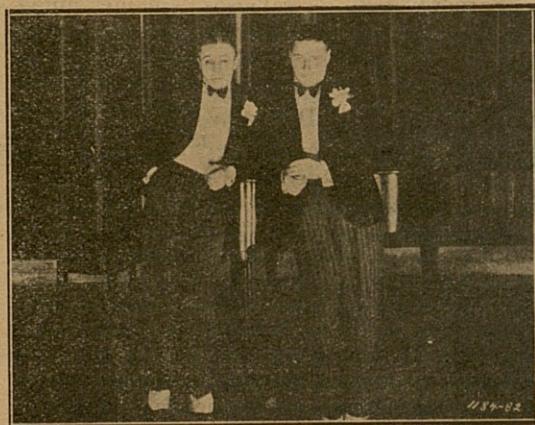
No era Al de los que se amilanaban fácilmente, pero ante aquellos hechos que le quitaban la gloria y la fortuna de la mano cuando ya creía tenerlas bien seguras, no pudo menos de desanimarse.

Menos mal que allí estaba su amada para consolarle y estimularle.

* * *

Barney y Bey fueron recibidos como correspondía a su alcurnia artística.

Se presentaban vestidos de smoking y con una flor en el ojal. Eran dos artistas que los



Se presentaban vestidos de smoking y con una flor en el ojal.

hombres escuchaban con gusto y las mujeres con entusiasmo.

Ellos sabían esta predilección con que les escuchaban las damas y ello obraba a modo de freno en su arte exquisito, pues habían llegado a creerse, no sólo los mejores artistas del glo-

bo, sino los más irresistibles castigadores del universo.

Al ver a Marwin, la cual, cumpliendo con su deber de compañera, les felicitó efusivamente la noche de su debut, se dedicaron en seguida a "atormentarla" con la consiguiente indignación de Al.

Tuvieron los novios dos o tres escenas memorables por lo violentas y las dos o tres veces pudo Marwin convencer a Al de que ella no hacía sino cumplir deberes de compañerismo.

Pero he aquí que una noche...

Barney procuró ver un momento a solas a Marwin para citarla en un restaurante de moda, adonde debían ir solos, es decir, sin la enojosa compañía del "pelmazo" de Bey.

¡Y Marwin aceptó!

Poco después llamó Bey a la puerta del camerino de la estrella.

Esta salió a abrir y se encontró con que era Bey el que llamaba.

—Esta noche, si a usted le parece, podemos ir a cenar al restaurante Artístico (el mismo en que la había citado Barney), los dos solitos. Ya sabe usted lo que esto quiere decir: que Barney no nos dará la lata.

¡Y Marwin aceptó!

IV

Aquella noche, tanto Barney como Bey mostraron una prisa extraordinaria en quitarse la pintura y substituir el traje de escena por el de calle.

Bey había convenido en esperar a la estrella en el Artístico, y ganó la mano a su compañero, dirigiéndose al punto al restaurante adonde había de acudir lo que él llamaba ya su conquista.

Barney, en cambio, había convenido con Marwin en verse en el teatro mismo, y casi se alegró de que Bey le hubiera aventajado en rapidez, pues así le había dejado el campo más libre.

Uno de los lados del restaurante estaba formado por una serie de reservados separados por cortinas, y en uno de ellos se sentó Bey, anunciando al camarero que cuando llegara una famosa artista preguntando por él, se la llevara allí.

Estaba perfumado y elegantizado como una damisela y todavía sacaba frecuentemente un espejo de bolsillo para darse nuevos toques.

Poco después llegaron la damisela y Barney, los cuales ocuparon casualmente el reservado inmediato. Cuando Marwin, aprovechando un descuido de su caballero, levantó la cortina y vió

que en el departamento contiguo estaba Bey, demostró una misteriosa satisfacción.

Realmente había para sospechar de la prudencia de aquella mujercita que se citaba con dos hombres a un tiempo sin que ninguno de los dos fuera su novio y que se alegraba al ver que sus dos caballeros iban a encontrarse, lo que daría lugar a una de esas luchas que tanto agradan al público del Madison Square.

Entretanto había sucedido algo que afectaba también a la incomprensible estrella. Cuando Al terminó de trabajar y se dirigió, como de costumbre, al cuarto de Marwin, se enteró con sorpresa de que ésta había salido en compañía de Barney, y esto le produjo el mismo efecto que si le hubieran dicho que se había marchado en compañía del demonio.

Sin saber qué hacer y deseando por el momento serenarse, salió a la calle inmediatamente. Se detuvo en el borde de la acera y sacó un cigarrillo, con la esperanza de que el humo le ayudara a descifrar mejor el enigma de la escapada de Marwin; pero he aquí que no tenía cerillas.

Alguien se acercó entonces para ofrecérselas. Al reconoció en seguida a aquella muchacha del coro que tantas muestras de simpatía le había dado y que había llegado incluso a pedirle que la convidara a cenar.

Sin duda comprendía que aquélla era la mejor ocasión para insistir en su empeño, y después de encenderle el pitillo, le habló de la

apetecida cena en la soledad íntima de un reservado.

Al vaciló un momento, pero después dijo con energía:

—Vamos adonde quieras...

—El Artístico está muy bien. Si te parece...

—Ya te he dicho que donde quieras.

Echaron a andar hacia el Artístico y, al llegar, pidieron un reservado. El encargado les condujo al único que había vacío, y que era precisamente el inmediato al que ocupaban Marwin y Barney, de modo que éstos tenían por un lado a Bey y por el otro a la muchacha del coro y al director del jazz-band.

La noche se presentaba prometedora.

* * *

Un incomprendible deseo de armar bronca llevó a Marwin a decir, en voz lo suficiente alta para que Bey la oyera:

—¿Durará mucho tiempo su compromiso con Bey?

—Hasta que me canse—repuso Barney con suficiencia.

—Pues, he oído decir que Bey pensaba separarse de usted.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Barney muy asombrado.

—No sé, pero puede usted contar quién se habrá preocupado de correr las voces.

Barney sonrió con displicencia.

—Sé lo que quiere usted decir, y puede que tenga razón. Ese Bey es un desagradecido y un estúpido. ¿Qué sería de él sin mí? Yo le he hecho artista. Gracias a mí no nos faltan contratos y seguimos subiendo. Crea usted que daría cualquier cosa por verme libre de ese mama-

rracho.

No bien hubo terminado de pronunciar estas palabras, cuando las cortinas se abrieron y aparcó Bey.

Se quedó mirando fijamente a Barney.

—Oye, rico—dijo después, con mucha parsimonia—: ¿Desde cuándo acá me has hecho artista tú?

—¿Y desde cuándo acá pretendes hacer ver a la gente que yo te sirvo de estorbo en tu carrera artística?

—Desde siempre. Eso lo ve todo el mundo.

—Lo que el público está pidiendo a gritos es que te vayas al campo a cavar, en vez de dar ladridos desde los escenarios.

La réplica de Barney fué el lanzamiento contra la cabeza de Bey de una copa que milagrosamente no dió en el blanco.

Bey le dirigió un directo por encima de la mesa, el cual alcanzó a Barney en un ojo, y éste fué el principio de un dos de mayo que atrajo la atención de toda la concurrencia y, entre ella, la de Al, quien, al acudir a separar a los contendientes y ver que se trataba de los detestados rivales, y que con ellos estaba Marwin,

se puso tan fuera de sí, que salió del restaurante sin pagar siquiera el gasto que había hecho en compañía de la muchacha del coro.

Marwin comprendió también que allí no podía sobrevenirle nada bueno y se escabulló como pudo, dejando a sus dos caballeros dándose toda clase de golpes reglamentarios y antirreglamentarios, pues ya se sabe lo que son los matchs donde no hay juez.

En un cuerpo a cuerpo, Bey castigó el estómago de Barney, y éste, en justa y poco pugilística defensa, atizó a su contrincante una patada que éste trató de detener con la mano y que, si bien es verdad que la detuvo, fué a costa de la dislocación de dos dedos.

Por fin intervino la policía y se los llevó a los dos detenidos.

Entretanto, Marwin se decía:

—Todo me ha salido perfectamente; todo, menos la asistencia de Al al espectáculo.

En cuanto a lo que Al pensaba, será mejor que lo callemos en honor a la delicadeza y a los castos oídos de las lectoras.

V

Al día siguiente, lo periódicos publicaban la noticia en la primera página.

UN MATCH FUERA DE CAMPEONATO

“Los populares artistas Barney y Bey tuvieron anoche, en el restaurante Artístico, unas palabras, que debieron de ser muy gordas, pues Barney salió con un ojo color violeta imperial y Bey con dos dedos tan retorcidos como los alambres de un somier. Deseamos el pronto restablecimiento de la artística pareja y les recomendamos se pongan en manos de Dempsey, el cual, como es sabido, se dedica ahora a educar pugilistas.”

El empresario fué el primero en leer la noticia y el que antes se echó las manos a la cabeza.

Trató de telefonear a Barney y de hablar, también por teléfono, a Bey, pero no lo pudo hacer porque a través del hilo telefónico sólo llegaban a sus oídos palabras que más que tales eran alaridos de fieras en celo.

Lo único que pudo percibir con cierta claridad fué el anuncio de que la pareja Barney y Bey estaba disuelta, y esto fué lo bastante para que Max pensara en el suicidio.

¿Qué iba a hacer aquella noche? ¿Obligarles a trabajar mediante una denuncia a la policía? Aquello sería peor, pues, en vez de humorista, el cuadro resultaría una marcha fúnebre. Eso si no terminaba como terminó en Rusia el 14 de diciembre...

Realmente, era para volverse loco.

* * *

El segundo acontecimiento memorable de aquel día fué el encuentro de Al y Marwin.

Esta llevaba un periódico con la noticia de la riña señalada con lápiz azul.

Al no demostraba intención de atenderla, pero Marwin se empeñó en que la escuchara.

—Supongo que te habrás enterado de lo que ocurrió anoche entre Barney y Bey.

—Eso puede importarte a ti, pero a mí no.

—Necesito que me escuches, Al. Quiero que leas este periódico, para que te convenzas de que no he hecho nada que merezca tu reprobación.

Al leyó la noticia y después preguntó:

—¿Qué quieres decirme con esto?

—Que la pareja Barney y Bey está disuelta y que eso es lo que pretendía al ir con Barney al restaurante, donde también estaba citada con Bey.

Al la contempló con extrañeza.

—¿Y qué puede importarte a ti eso?

—Esa separación originará un conflicto, y Max no tendrá más remedio que contratarte.

No por eso se alegró el rostro de Al.

En este momento entró el empresario para ofrecerle el contrato por los mil dólares que le había pedido.

Pero Al, en vez de firmar, preguntó:

—¿Acaso me hubiera ofrecido usted este con-

trato de no haber reñido la pareja Barney y Bey?

—¿Qué le importa a usted que esos tontos se empeñen en perjudicarse el físico? Usted debe mirar su conveniencia.

—Muchas gracias, pero no soy yo de los que



—¿Qué quieres decirme con esto?

aceptan contratos en esas condiciones. O me contrata por mis méritos o no me contrata.

—¡Por favor! —imploró el empresario— ¡Mañana terminan sus días de prueba y ¿qué haré yo si se me van dos números en dos días?

—Descuide usted, que la pareja Barney y Bey trabajarán esta noche.

Dicho esto, cogió a Marwin por un brazo y la condujo al camerino de la pareja.

No estaban allí, pero pronto llegarían para recoger su equipaje.

Al dijo simplemente a la artista:

—Vas a decir a tus compañeros la verdad de todo.

—Yo no quiero humillarme.

—No es humillación. Es lealtad.

Apareció en este momento Barney, y Al le anunció:

—Marwin desea hablar con usted y con su compañero.

En la puerta del cuarto se encontró con Bey y le dijo lo mismo.

Tuvo que salir de estampía, porque su cuadro iba a comenzar y le llamaban a escena.

Lo que ocurrió entonces no lo olvidarán nunca los artistas del teatro Babilón.

Al, con el coraje de ver su arte despreciado, salió al escenario dispuesto a meterse al público en el bolsillo o a retirarse para siempre del arte escénico.

Aquella noche no se contentó con dirigir y bailar, sino que cantó, dejando estupefactos a los que le oyeron, pues resultó que poseía una hermosa voz de barítono y un estilo muy personal y adecuado a los bailables.

No contento con esto, de vez en cuando dejaba la batuta y se mezclaba con los músicos, a los que quitaba el instrumento, para continuar to-

cándolo él, mucho mejor de lo que lo hacía el instrumentista.

Cuando terminó el cuadro estalló una salva de aplausos que provenía no sólo de la masa del público, sino también de entre bastidores, donde se habían agrupado todos los artistas.

Se sintió cogido por cien brazos que le estrujaron y le golpearon efusivamente. Vió de pronto un documento y una pluma estilográfica ante sus narices. Era el empresario.

—Firme usted. Le he puesto cien dólares más.

Pero Al miraba a un lado y a otro, buscando algo que no encontraba.

—Firme usted—insistió el empresario— Barney y Bey se han reconciliado. Ahora no puede sentirse herido su orgullo de artista.

Esto ya interesó más al músico.

—¿Se han reconciliado Barney y Bey?

—Se están vistiendo para salir a escena.

—¿Y quién ha hecho el milagro?

—¿Quién ha de ser? ¡Marwin! ¿No la ha obligado usted mismo a ello?

Al echó a correr, dejando plantados a Max, el documento y la estilográfica.

Entró como una tromba en el camerino de Marwin.

La artista lloraba aún, a causa de la humillación por que había tenido que pasar y por lo que ella juzgaba una prueba de desamor de Al.

Pero Al tenía medios infalibles para arreglar las cosas.

Exito sin precedente:

La Novela para Todos

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

E
B